

CAPÍTULO XXVI

MIGUEL EN VALENCIA Y EN MADRID.— LAS AGONÍAS DE LA CORTE COMIENZAN.—LOS AMIGOS POETAS: GÁLVEZ DE MONTALVO, JUAN RUFO.—LA CONQUISTA DE PORTUGAL LISBOA.—COMISIÓN Á ORÁN

Al pisar alegre las calles de Valencia, al regalar la vista contemplando de nuevo la hermosura de sus mujeres, al conferir libremente con sus buenos y antiguos amigos los mercaderes valencianos, al conocer que había llegado el momento de reanudar y rehacer su vida truncada por el cautiverio, cayó Miguel en la cuenta de que la juventud, ó al menos lo mejor de ella, había pasado. En Valencia hubo de tratar con alguno de aquellos comerciantes, banqueros ó comisionistas de Argel, con los Torres, con Juan Fortuny ó con su muy obligado Onofre Exarque, y con ellos anduvo en arreglos para revender las mercaderías otorgadas á Doña Leonor, y pagar lo que dejó debiendo en Argel por el resto de pago de su rescate. Ocupado en estos negocios, y en gozar del bien de la libertad en pueblo tan apto para ello como Valencia, donde pregonan libertad el cielo, la tierra y el aire, pasó allí los fines de Octubre, todo el mes de Noviembre y los primeros días de Diciembre de 1581, en que tomó la vuelta de Madrid.

El que Miguel se percatara de que la juventud había huido y era llegada la edad seria y razonadora en que se aprovechan los minutos y se crea y asegura la tranquilidad para el porvenir, hay que entenderlo de muy otra manera que si se tratase de un hombre vulgar. La juventud de Cervantes, según se ha visto, desde

que embarcó en la malhadada galera *Sol*, fué una vejez anticipada, durante la cual adquirió más triste y dolorosa experiencia que en su restante vida. La cautividad de Argel ponía á muchos hombres en este caso de hallarse á los treinta años en posesión de todas las malicias y desesperanzas propias de los setenta y verse consueñidos, si querían gozar de la vida, á fingirse una segunda juventud artificial, como lo sería la de un resucitado. No podemos fácilmente hacernos hoy cargo de este peregrino estado espiritual: sí, por lo que hace á Miguel, afirmar que la lucha propia de semejante situación no fué larga, y que la perplejidad en su ánimo no fué grande.

Antes que partiese de Valencia, sabiendo que marchaba á la corte su amigo y compañero de cautividad el valenciano Juan Estéfano, le dió cartas para que se presentara en su casa y viera á su padre Rodrigo de Cervantes, indicándole ya desde luego ser urgente una información de sus servicios y cautiverio, como base para pedir que fueran remunerados en alguna manera. Como cosa confiada al bueno de Rodrigo, la información fué breve y mal hecha, y no dió resultado. En ella declaran el mismo Juan Estéfano, un corso llamado Mateo Pascual y el portugués Francisco de Aguilar, llegado también de Valencia por aquellos días.

No vaciló, pues, ni un momento Miguel, á quien la necesidad, por otra parte, acuciaba, en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía, quijotesca mente, que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas: ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas: años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

Este apresuramiento suyo en pedir informaciones y acreditar

servicios, lejos de rebajar la grandeza de su alma como algunos inician, muestra más claramente su nobleza y candidez. Acababa de salir de un mundo negro, donde predominaban y arbitraban sólo la injusticia y la parcialidad, mezclándose con la crueldad y el odio al género humano, y porque se hallaba en Valencia, donde cielo y suelo y aire le sonreían, y las mujeres se le antojaban trasunto de la arcangélica y celestial tropa de los retablos flamencos, ya forjaba en su interior nuevas ilusiones y se creía entrado en el reino y asilo de la justificación y de la equidad, donde se premia al que lo merece y se paga con buena vida al que la hubo mala y desastrosa por el procomún. Fértil campo donde nunca faltaban flores era el alma de Miguel: no bien se agostaban y marchitaban unas ilusiones verdes, cuando nacían otras más gayas y lozanas rojas, azules ó de tornasol. Quizás no tiene mérito más grande que éste, el de saber sostener un tono de igual alegría en el fondo de cuanto dice y revela.

Ligera el alma, y más ligera aún la bolsa, llega á Madrid á primeros de Diciembre y entra en su casa. Por ella, no en balde ha pasado el tiempo.

El pobre cirujano Rodrigo de Cervantes, cada vez más inútil y achacoso, apenas de vez en cuando halla medio precarísimo de ayudar al sostenimiento de la familia. Son muchos los días en que á nadie se le ocurre llamarle para que haga sangrías ó aplique emplastos. Junto á la reja que da á la calle, una docena de sanguijuelas se mueren de tedio en su redoma.

Doña Leonor de Cortinas está vieja, cansada de tanto luchar, intrigar y no conseguir. Doña Andrea y su hija doña Constanza de Ovando ó de Figueroa, que viven aparte de la casa paterna, son el único apoyo y consuelo de quienes la habitan. Doña Magdalena, la moza cuya lozana bizarría cautivaba diez años antes, va marchitándose y perdiendo la frescura: encuéntrase en el terrible paso de los primeros años de solterona. Anda en amores con un vizcaíno, empleado en Palacio, que se llama Juan Pérez de Alcega, y ya conoce cuán difícil va á ser retenerle y cuánto más lograr otro si se pierde aquél.

La casa es la perfecta imagen del quiero y no puedo, que ya

entonces comenzaba á advertirse en casi todos los hogares de la corte, y que se ha quedado en los más de ellos como enfermedad incurable y crónica. Se vive malamente al día, se tapan los huecos de unas deudas con otras mayores, se espera la muerte ó el cansancio del acreedor ó el momento feliz en que éste se vuelva á su tierra. Lo que hoy llamamos tener ingleses podía llamarse entonces tener florentines ó genoveses. La dolencia es la misma, idénticos los medios de ir la conllevando. Un día se empeña ropa: otro muebles, al otro se suprime comida ó almuerzo, al de más allá se acepta con ansia un convite, y en todos se alaba á Dios, que permite vivir á tanta gente buena sin saber cómo ni de qué.

Miguel, hecho á pasar por tragos mucho más acedos, ve y nota cuanto en su casa ocurre, y conoce la urgencia de remediarlo. Acaso tiene largas explicaciones con su hermana Andrea, maestra en los recursos y manejos provechosos de la vida, y conviene con ella en la necesidad de ir tirando. ¿Cuándo se habrá visto que dos españoles reunidos para resolver un problema económico ó, cuando menos, para abordarle, no hayan quedado de acuerdo en que ir trampeando es la única solución?

En tanto, Rodrigo el mozo se ha incorporado á su antiguo tercio y está en Portugal con el gran Don Lope de Figueroa. La corte madrileña, que en diez años ha crecido considerablemente, encareciéndose con tal motivo el precio de todas las cosas necesarias para vivir, se encuentra ahora llena de nerviosa inquietud.

Hace meses que el rey está en Badajoz, esperando sazón oportuna para entrar en Portugal, para ceñirse la corona que acaban de agenciarle el duque de Alba con sus tropas y D. Cristóbal de Moura con los fecundísimos recursos de su diplomacia y con las admirables artes de la corrupción. La duquesa de Braganza, que aún se obstinaba en resistir, ha sido vencida, enterrando en oro á su marido: los demás pretendientes á la corona portuguesa pueden afirmarse que no existen. Sólo se teme aún al prior de Ocrato, personaje fantástico, de novelescos recursos, quien nunca se sabe por dónde se oculta ni qué maquina. De todos modos, el triunfo es magnífico, halagüeño, Portugal es de los castellanos. El rey va á coronarse en Lisboa, en cuanto pase la peste que diezma la ciu-

dad y en cuanto él mismo acabe de curar las calenturas infecciosas que el divino Vallés, contra la opinión de todo el protomedicato chapado á la antigua, quiere curar con purgantes enérgicos, como si presintiese la naturaleza de las infecciones.

No necesitaba Cervantes saber más para hacerse cargo de que en Portugal era menester buscarse la vida. Así, vista la poca eficacia de la floja información hecha en 1.º de Diciembre por iniciativa de su padre, pide él otra nueva, que se hace en 18 de igual mes, y en la cual declaran su grande amigo y compañero de penas Rodrigo de Chaves y Francisco de Aguilar, diciendo cuál era la situación de Cervantes y las obligaciones en que por causa de su rescate se hallaba con los mercenarios y con los mercaderes que adelantaron el dinero. Esta misma información hace para sí Rodrigo de Chaves, siendo testigos Miguel y Aguilar.

Andando por la corte en estos días, avizora Miguel cómo han variado las cosas, cómo ha caído desde la más alta cumbre del poder el osado Antonio Pérez, á quien perdió su sobra de talento y de audacia, y cómo, en cambio, goza ó gozaba mejor que nadie el lado del rey su secretario Mateo Vázquez de Leca, á quien se habían concedido prebendas y canonicatos sin exigirle más sino que vistiese los hábitos á ellos pertenecientes. Escarmentado Miguel, no confió gran cosa en la protección de Mateo Vázquez, quien ni siquiera contestó á su epístola famosa, pero el ambiente frío de la corte le explica muy luego lo que tal vez no comprendió en la cálida atmósfera de Argel. Conviene, de todas maneras, acercarse á Mateo Vázquez, ver por dónde caminan las cosas, derribar por unos medios ó por otros la pared que nuevamente se opone al que pasar adelante en la vida quiere. ¿Sabéis el nombre de esta pared? Se llama la incuria, la rutina de España.

En el poco tiempo que pasa Miguel en Madrid, encuentra medio de hablar con algunos famosos escritores á quienes las hazañas del soldado poeta, contadas por sus labios elocuentes, llenan de curiosidad y regocijo.

De ellos se distingue por su aprecio á Miguel un delicado vate de Guadalajara, que anda metido en la faena, corriente y co-

mún por entonces, pero no menos estimable, de hacer una Diana nueva ó una segunda Arcadia que deje tamaños á Jorge de Montemayor y á Sannazaro. Llámase este culto ingenio Luis Gálvez de Montalvo, grande amigo de la poesía italiana y elegante traductor de Tansilo. A las desiguales quintillas de Gálvez de Montalvo, unas excesivamente duras, otras un tanto flojas y desmayadas, contestaba Cervantes con las poesías devotas y los trozos de poesía descriptiva que en Argel compuso y de los cuales hizo los parlamentos de sus comedias. Complaciale á Miguel la fluidez de algunas estrofas de su amigo:

Estaban los aires graves,
con una niebla inhumana
y las avezadas aves
á saludar la mañana
con sus cantos tan suaves,
tristes callando en sus nidos,
su desconsuelo mostraban
y en sus cuevas escondidos
los buhos se querellaban,
los lobos daban aullidos.....

Pero Miguel era mucho más poeta que Gálvez de Montalvo, aunque no lo creyeran así los de su tiempo. Oyendo al cantor del Henares leer, medio recitar, las prosas y versos del *Pastor de Fidela*, que así se llamaba la narración pastoril y arcádica con que tenía en pensamiento obscurecer la fama de los grandes bucólicos, recordaba y rumiaba Cervantes la paz de aquellos tiempos felices que pasó en la isla de Cerdeña, asistiendo á las arcáicas ceremonias de los pastores y remembró los versos que entonces compusiera y que se le habían quedado en la memoria.

Mucho le incitó y animó Gálvez de Montalvo á darse á luz como poeta. Entonces era caso frecuente que un escritor fuera conocido aun sin haber publicado ó impreso ninguna obra, por cuanto de la poesía que en la lectura gustaba se sacaban muchas copias y en breve era conocida de las personas á quienes tales asuntos podían interesar. No mucho antes de estos tiempos, las poesías de Garcilaso y las de Fray Luis de León, andaban de mano en mano y de copia en copia manuscritas sin que nadie las

viese impresas. Corrieron, pues, de boca de Luis Gálvez de Montalvo á las de otros poetas y aficionados las alabanzas de Cervantes por sus versos y pronto llegaron, mezcladas con los elogios de sus méritos y proezas como soldado, á oídos de otro excelente escritor, que conoció á Cervantes en Italia y asistió á la jornada de Lepanto y acaso trató un poco en Nápoles á aquel soldado á quien sabía protegido de D. Juan y del duque de Sessa. Como fué Homero el poeta de Aquiles y de Ulises, el cordobés Juan Rufo Gutiérrez fué el poeta de Don Juan y de sus hazañas inmortales.

Era Juan Rufo un hombre de nobles y generosas ideas, torpemente expresadas casi siempre. Su poema *La Austriada* es más de estimar por la buena fe y la intención laudable, que de admirar por el mérito de la ejecución.

Ya lo conocía así Miguel, para quien las dificultades del metro y de la rima no tenían secretos, por lo mismo que muchas veces luchaba con ellas y pocas vencía, cual les sucedió á todos los poetas de su tiempo. Ni Garcilaso, ni Fray Luis, ni Herrera, habían domeñado por completo el endecasílabo: traíanle sujeto con freno y filete, como á caballo de raza, y á veces, le hacían marchar sumiso al paso castellano, pero si querían ponerle en chazas ó hacer corvetas ó sacarle á galope levantado, rebelábase el generoso corcel italianesco y se avenía mal con los sofrenazos y con la espuela.

No comprendieron aquellos grandes poetas que era preciso italianizar el lenguaje para hacer endecasílabos acabados. Presintió esto Miguel é italianizó lo que pudo, mas no tanto que dejase de seguir el régimen de freno y espuela, creyendo que el endecasílabo era una cabalgadura de las comunes y no un verdadero caballo con alas, como el Pegaso de los poetas. A casi todos los nuestros les han faltado los bríos requeribles para dejarle explayar sus alas, porque no las tenía el lenguaje criado al ras de tierra en Castilla el cual caminaba al paso con que herían el duro terral los bridones cargados de armaduras resonantes en que marchaban los paladines del Romancero.

Conociéndolo así, traducía en quintillas Gálvez de Montalvo

las *Lágrimas de San Pedro*, escritas por el italianísimo Tansilo, y cometía Juan Rufo el error de no cantar en romances las castellanas proezas del garzón de Austria. Había de llegar más tarde Lope de Vega á enseñar á los otros que los asuntos nacionales y populares (como el de *San Isidro Labrador*), pedían metros populares y castizos.

El poeta de Don Juan y Miguel, su soldado y protegido, se entendieron muy pronto y toda la vida se estimaron. Era Rufo Gutiérrez uno de los buenos Juanes con quienes Miguel había de tropezar en su vida. Juan Rufo comunicó á Miguel sus tristezas. No era de buen barrunto en la corte presentarse como antiguo amigo de Don Juan de Austria. Apenas había pasado el tiempo y ya todos los cortesanos, siguiendo la costumbre iniciada por el Rey, tomaban gusto en olvidar al *rayo de la guerra*. El haberse hallado en la batalla naval no se consideraba casi como un mérito apreciable. El mismo Juan Rufo, después de consagrados muchos tiempos y fatigas á cantar á Don Juan de Austria, se encontraba con que no convenía dedicar el poema al Rey y contentábase con dirigirlo á su hermana la reina de Bohemia y emperatriz de Romanos.

Por estas y por otras palabras iba conociendo Cervantes las dificultades que había de encontrar en la corte. Pero como su sino le llevaba á ella, partió á primeros de 1581, en compañía de su amigo Rodrigo de Chaves, que regresaba á su ciudad natal, Badajoz.

A primeros de Diciembre, Felipe II y la corte habían pasado de Badajoz á Yelves, que hoy decimos Elvas, y convocado Cortes en Thomar, porque la peste seguía haciendo estragos en Lisboa.

Por el camino, las esperanzas, un tanto decaídas con las palabras de Juan Rufo, iban renaciéndole á Miguel y cobraron nueva vida al entrar en Portugal, siguiendo el curso del padre Tajo, y ver las márgenes del hermoso río florecidas de huertas, donde no se parecía el invierno y contemplar la satisfacción de que los portugueses daban muestras, por el feliz término de las discordias y sangrientos lances de guerra, aún menos terribles para ellos que las tropelías de todo género cometidas antes y después de pacifi-

cados los bandos, por las tropas del duque de Alba y de Sancho Dávila, á quienes faltaba cuerda no ya para ahorcar rebeldes portugueses, sino para castigar á sus indómitos capitanes y á sus descomunales soldados, quienes tomando el conquistado reino por suyo, no cesaban ni un punto en sus saqueos y rapiñas.

Cuando Miguel llegó, ya todo esto había terminado. Se estaba en tiempo de satisfacciones y recompensas. El mismo Felipe II mostraba la cara alegre y lisonjera á sus nuevos cortesanos los grandes portugueses, ganados todos por las dádivas del gran don Cristóbal de Moura, á quien, como premio á sus impagables servicios, iba el Rey á hacer merced del condado de Castel-Rodrigo. Todo el mundo estaba contento y alborozado. Hasta el duque de Alba se permitía bromas de buen gusto, como su famosa entrevista con la duquesa de Braganza, en la cual esta señora no le llamó excelencia, ni señoría ni alteza, sino mucho más, pues, según él decía: Llamóme siempre *Jesús*. ¡Jesús, señor duque, tanto favor con esta visita! ¡Jesús, que poco tiempo gocé tan buena conversación!..., etc., etc.

Verran gravemente los historiadores portugueses y castellanos (á excepción de Oliveira Martins entre aquéllos y de A. Danvila entre éstos) que han pintado la ganancia de Portugal por Felipe II como una empresa taimada y tenebrosa. En primer lugar, el derecho de Felipe II á la corona era evidente: la intervención del duque de Alba resultó pronta, eficaz y felicísima, sólo empañada por algunos desmanes de la soldadesca; y, finalmente, el proceder de D. Cristóbal de Moura fué propio de un sagacísimo político y de un profundo conocedor de la humanidad. El mismo Felipe II, tan parecido en carácter y procedimientos á su privado, según nota con acierto Danvila, se mostró en aquella ocasión, fino, sagaz, contento, amable, propicio á todas las mercedes y concesiones; quitóse la negra ropa y la severa golilla que tantos años había usado y se vistió muy bizarramente, de ricas telas y alegres colores, á la portuguesa. En aquella excursión, la más feliz de su vida, gozó, rió, bromeó, como nunca lo hiciera de muchacho. Su elegantísima presencia y su noble y mesurado lenguaje causaban el mejor efecto en los nobles y en el pueblo portugués.

Al entrar en Lisboa, la primavera siguiente, el grito general de los portugueses era este: ¡Oh, buen rey, qué mal empleado en los castellanos! Las regatonas y placeras de la Rúa Nova expresaron el sentimiento popular, diciéndole que ellas le recibían y juraban por Rey mientras no volviese el Señor Don Sebastián, en cuya muerte el pueblo no creía, pero que si Don Sebastián tornaba D. Felipe ya estaba allí de más y podía irse enhorabuena.

Antes de pasar el Rey á Lisboa, cuando se hallaba en Thomar concediendo á nobleza y pueblo portugueses cuanto le pedían, llegó á aquel lugar Miguel.

Pronto logró ver á Mateo Vázquez, quien seguía gozando la confianza de Felipe II para los asuntos privados y pequeños. Allí vió también á su antiguo compañero y amigo de la cautividad el hermano del duque de Alba D. Antonio de Toledo, que era figura muy principal en la corte. Allí tuvo muy buen cuidado Miguel de ocultar ó disimular la protección de Don Juan de Austria. Allí, en fin, vió pasar varias veces, la altiva y aviejada figura seca del gran duque de Alba, hundidos los ojos, aplastadas las sienes, pálida la tez, blanca la barba y todo el aspecto antiguo y temible.

El personaje principal de la corte, sin embargo, no era él, era D. Cristóbal de Moura, el *factotum* y el lazo de unión, el corruptor elegante, el gallardo repartidor de mercedes. Era un elegante, delicado y enfermizo caballero, de altanera presencia, cuarentón ya, con grandes ojos rasgados, bella y limpia frente, voluntariosos labios, descollada y autocrática nariz, huesosas mejillas, ganchudos bigotes y barba corta. Bien se dejaba conocer que no era la autoridad de D. Cristóbal de Moura como la de Antonio Pérez, ni aun como la de Ruy Gómez de Silva en tiempos pasados. Al lado de D. Cristóbal, Mateo Vázquez temblaba como un doméstico, haciéndose cargo de su medianía.

La corte, gracias al influjo del noble portugués, parecía haber cambiado completamente. Inusitada alegría se notaba en ella. Luego, era aquel tiempo de primavera y del inmenso jardín que forman las orillas del Tajo hasta Lisboa, los perfumes llegaban gratos á regalar el ambiente. Un cortejo de hermosas damas y de

poetas aristocráticos cercaba y seguía al Rey. El amor, con santa alegría moviéndose, hacía de las suyas.

El mismo Cervantes lo decía: para galas Milán, para amores Lusitania. Tiempo tuvo y ocasión de solazar y endulzar su corazón reseco por las pesadumbres y por los trabajos. Pero no fueron más que amoríos, no amores como sospecharon algunos biógrafos, porque el 18 ó el 20 de Mayo había conseguido una comisión reservada y secreta.

Tratábase de llevar unos pliegos ó algún recaudo á Orán y de traer unas cartas del alcaide de Mostagán, y para esta sigilosa misión se designó á Miguel, dándole cien ducados de ayuda de costa. En los últimos días de Julio estaba de vuelta con las cartas. No pisó la tierra de Africa más tiempo del preciso, pero en aquel poco tiempo tal vez tropezó con un amigo suyo, que hoy lo es nuestro, tan desdichado como gracioso; el alférez Campuzano, en cuya boca puso el *Coloquio de los perros*.

CAPÍTULO XXVII

EL POEMA DEL TAJO.—LA GALATEA.—LA EXPEDICIÓN Á LAS
TERCERAS.—EL AMOR QUE PASA

El 29 de Julio de 1581 entró solemnemente en Lisboa Felipe II, y con él los cortesanos españoles que le habían seguido en la campaña y los que se le habían reunido en Thomar, y los aristócratas portugueses catequizados por D. Cristóbal de Moura, que ya eran casi todos.

La gran ciudad palpitaba de alegría, no tanto por la llegada del nuevo amo, cuanto por la terminación de la guerra y de la peste, plagas que á un tiempo la habían combatido.

Aun para quien, como Cervantes, había entrado por mar en Génova y era familiar de los muelles napolitanos, Lisboa es una bella y noble ciudad de brazos abiertos y de ojos fijos en el Occidente: una ciudad dorada por el sol y por la riqueza que de las Indias aportaban á ella los abarrotados galeones. *Rúa do Ouro* y *Rúa da Prata* se llamaban sus dos calles principales.

Pero si Miguel encontró en ella la hermosura y grandiosidad de las ciudades que amó en Italia y que dan la cara al Poniente y conoció en ella la alegría un tanto facticia y pasajera, propia de una entrada ó visita real, lo que más honda huella trazó en su alma no fué tanto la misma ciudad, como sus alrededores y lo que hasta llegar á ella había visto.

No se ocultaba á Miguel que era aquel regocijo cosa del momento, ni que el carácter lusitano es de suyo grave y melancólico: no dejaba de notar la diferencia entre los amoríos italianos y los amores portugueses. Amor era en Italia asunto de juego